

MIGUEL ANGEL TOLEDANO



LABIOS DE NEON

El rey mendigo

LA distancia es ese hilo finísimo y poderoso que nos separa de los demás, esa misteriosa tela de araña que alguien teje y que, sin darnos cuenta, por desidia o descuido, nos acoraza atrapándose, envolviéndose poco a poco y sin descanso en la brillante rutina cuadrículada entre paredes confortablemente acondicionadas, hermosamente decoradas, profusamente electrificadas, cómodamente cómodas y convenientemente protegidas, pero donde no entra la luz ni el sol ni el agua y desde donde no se puede mirar hacia afuera, como antes, hacia los bordes del camino donde el azar tiene leyes exactas y complejas que todos tratamos inútilmente de entender. Aunque sepamos que debemos mirar siempre hacia afuera: entre olivos y laureles, entre el romero y la retama y los olorosos limoneros.

La distancia es el espanto que se queda dentro y que habita al otro lado de la galería, tras esa puerta que no cierra la huella del tiempo ni las heridas. Pero la distancia a veces se resuelve fácilmente tomando algún vehículo que nos transporte hacia otras latitudes, otras personas, otros sentimientos, y otras palabras. Las que precisamos para seguir mendigando un poco de oxígeno, un milagro que nos libre, siquiera por unos instantes, de la tiranía del tiempo y del olvido.

Por eso, aquella mañana, partí en busca del Rey Mendigo: ya estamos en Barcelona. Una llamada amable, un aparcamiento subterráneo y directamente a su casa. La calle está tranquila bajo el sol de septiembre. Es mediodía y al ascensor está desierto. José Agustín Goytisolo abre una leve puerta y entramos a una habitación blanca, desnuda, con las ventanas abiertas a un aroma de infancia jugando al escondite que nos hace olvidar los mil ruidos distintos que desbordan las calles adyacentes.

Perdidos entre el humo y la luz del viejo barrio, bajamos las escaleras hacia algún lugar entrañable que nos permita conversar con tranquilidad... No, allí no, me conocen mucho y sería imposible. Mejor en aquella



ARCHIVO

"Corra el agua, corra y llene el Jardín de frescura y rumor..."

taberna de arriba. La taberna es un lugar acrílicamente apacible regentada por unos sudamericanos que conocen de sobra al poeta y por ello le reservan el rincón adecuado donde la luz es más tenue y las palabras brotarán como el fresco vino del Ampurdán que ya comienzan a servirnos mientras retienen la comida, reservándola para el momento propicio. Todo se ha nublado a nuestro alrededor. Sólo la voz permanece, la presencia intensa e irrepitible de este hombre que sólo ha pretendido en todo momento indagar, a través de algunos poemas, la paradójica y emocionante condición del hombre.

José Agustín es un poeta que sabe cómo

llegan el viento, el frío y el agua y maneja un código de signos complejo y misterioso que nos habla de las edades de la tierra perdida: entre el fulgor del universo y en las que la materia nos dio vida, inteligencia para que nos asombremos, manos para que podamos palpar y ojos para ver el prodigio, para ver. Y le escucho decir que el sumo bien entre los hombres es la amistad y no los muy inciertos e inicuos dioses. Y mientras se sigue oyendo la voz del Rey Mendigo: "Corra el agua clara en la acequia y que no falte el pan; lo demás sea lujo", yo voy —ya de regreso— repitiéndome con los labios entreabiertos: corra el agua, corra y llene el jardín de frescura y rumor...